

— ¡Pardiez! me respondió, pienso en que sois muy loco en haberos enamorado de mi mujer.

Adivinase el efecto que produciría en mí semejante apóstrofe.

— ¡Yo, general!... respondile estupefacto...

— Sí, no vayais ahora á negarlo.

— General, os juro...

— No mintais, caballero; la mentira es indigna de un hombre de honor, y yo espero que lo seais.

— ¿Pero quién os ha dicho eso?

— ¿Quién? ¡pardiez! ¿quién?... Mi mujer.

— ¡Madama M...!

— No me vayais á decir que se equivoca. Tomad esa carta que la habeis escrito ayer.

Y me alargó un papel que no me costó trabajo reconocer.

Un copioso sudor inundaba mi frente: cuando vió que vacilaba en cogerlo, lo arrolló, le dió la forma de un taco, y cargó con él su escopeta.

Así que hubo concluido, me agarró por un brazo y me dijo:

— ¿Es verdad todo lo que habeis escrito ahí? ¿son tales cual los pintais los tormentos que padecéis? ¿Se parecen á un infierno vuestros dias y vuestras noches? Decidme esta vez la verdad.

— ¿Tendria yo alguna disculpa si así no fuese, general?

— Pues bien, hijo mio, replicó con su tono de voz desacostumbrado, entonces es preciso partir, abandonarnos, viajar por Italia ó Alemania, y no volver sino curado.

Le alargué la mano y me la estrechó cordialmente.

— ¿Con que quedamos convenidos en eso?

— Sí, general, mañana me marchó.

— No tengo necesidad de deciros que si necesitais dinero, cartas de recomendacion...

— Gracias.

— Escuchad, yo os ofrezco todo eso como lo haria un padre: no os incomodeis. ¿Lo rehusais decididamente? pues bien, á cazar, y no se hable mas de esto.

A los diez pasos saltó una perdiz, disparóla un tiro el general, y vi humear mi carta entre la yerba.

A las cinco volvimos á la quinta, yo habia querido marcharme, pero se empeñó el general en que le acompañase.

— Aquí teneis, señoras, dijo al presentarnos en el salon, á este jóven que viene á despedirse: mañana sale para Italia.

— ¿De veras? ¿con que este caballero nos deja? dijo Carolina levantando los ojos de su labor. Encontráronse con los míos, ella sostuvo tranquilamente mis miradas por espacio de dos ó tres segundos, y luego volvió á continuar su trabajo.

Cada cual habló á su vez de tan repentino viaje, del que ni una sola palabra habia yo indicado los dias anteriores; pero nadie penetró la causa.

Madama M... hizo los honores de la mesa con una gracia y finura inimitables: por la noche dí mi último adios á todos, el general me acompañó hasta la puerta del parque, y no sé si al salir de allí tenia á su mujer mas odio que amor.

Viajé un año; vi á Nápoles, Roma y Venecia, y asombrábame cada dia de sentir desprenderse de mi corazon una pasion que yo juzgaba eterna. Llegué, en fin, á no acordarme ya de ella, sino como una de las mil aventuras de que se halla llena la

vida de un jóven, con que recrea uno su memoria de cuando en cuando y que al fin olvida completamente.

Regresé á Francia por Mont-Cenis, y hallándome en Grenoble vine á visitar la Cartuja en compañía de un jóven con quien habia hecho amistad y reuníome en Florencia. Vi este monasterio en que viyo seis años hace, y dije riéndome á Manuel, así se llamaba mi compañero, que si yo hubiese conocido este claustro cuando me hallaba tan enamorado, me hubiera hecho monje en él.

Volví á París, en donde renové mis antiguas relaciones; mi vida se reanudó en el mismo hilo por el que se habia roto, cuando conocí á madama M... Pareciame que todo cuanto acabó de contarnos no era mas que un sueño. Una novedad hallé y fué que harta é incomodada mi madre de verse sola en el campo, habia vendido nuestra hacienda y comprado una casa en París.

Habia yo vuelto á ver al general, quien se mostró muy contento de mí, ofreciéndome hacer presentes mis respetos á su esposa, lo que acepté, cierto y seguro de mi indiferencia. Al entrar en su cuarto, sin embargo, sentí una ligera opresión. Habia salido madama M... fuera de casa. La emoción que yo habia experimentado era tan poca cosa, que no me dió ningun cuidado.

Algunos dias despues fui á pasear al bosque de Bolonia, y al revolver de una alameda me encontré al general y á su esposa. Huir de ellos hubiera sido una afectacion, y además, ¿porqué habia yo de temer el ver de nuevo á madama M...?

Fui, pues, á su encuentro: hallé á Carolina mas linda que cuando la habia dejado, pues entonces la

molestaban ya los principios del embarazo, al paso que ahora se hallaba con toda la lozanía de la salud.

Dirigíome la palabra con un tono de voz mas afectuoso que lo que acostumbraba; me dió la mano, y cuando se la tomé sentí que se estremecía al estrecharla en la mia. Sentí un temblor en todo el cuerpo, la miré y bajó los ojos. Puse mi caballo al paso y marché al lado de ella.

El general me convidó á volver á su quinta, para la cual marchaba dentro de poco con su mujer. Insistió tanto mas cuanto que nosotros no poseíamos ya la nuestra. Rehusé la oferta, pero Carolina se volvió hácia mí, y me dijo: «Venid.» Hasta entonces no habia vuelto yo á oír su voz; nada respondí cayendo en un profundo éxtasis: aquella mujer no era la misma que yo habia visto un año antes.

Volvióse á su marido y le dijo:

— Esté caballero teme sin duda fastidiarse con nosotros: dále permiso para que traiga algun amigo, y de ese modo puede ser que se determine.

— Pardiez, respondió el general, él es muy dueño. — Ya lo sabeis.

— Gracias, general, contesté yo sin saber casi lo que decia; pero tengo compromisos...

— Que preferis á los nuestros, dijo Carolina; pero es muy amable!

Acompañando estas palabras con una de las miradas por las cuales un año antes hubiera yo dado mi vida, me hizo aceptar.

Habia yo continuado viendo en París á aquel jóven que conocí en Florencia. Vinó á mi casa la víspera de la partida y me preguntó á dónde iba. No tenia motivo alguno para ocultárselo y se lo dije

— ¡ Hombre, qué cosa tan rara ! me contestó, á poco mas vamos juntos.

— ¿ Conoces tú al general ?

— No, pero debía presentarme un amigo mio, que ha tenido que marcharse al interior de Normandía á recoger la herencia de no sé qué tio que se le ha muerto ; y lo siento tanto mas, cuanto que tu compañía me habria hecho mas grata mi estancia.

Acordéme entonces de la oferta de que pudiese llevar á cualquier amigo, que el general me habia hecho, y pregunté á Manuel :

— ¿ Quieres que yo te presente ?

— ¿ Tienes bastante franqueza en la casa para eso ?

— Completa.

— Pues entonces acepto.

— Bien está. Está pronto para mañana á las ocho, pues iré á buscarte.

A la una llegamos á la quinta del general. Las señoras estaban paseando en el parque, donde fuimos á buscarlas y al momento nos incorporamos con ellas.

Parecióme que madama M... se puso pálida á vernos y me dirigió la palabra con una emocion en la que no me pude equivocar. El general recibió cordialmente á Manuel, al paso que su mujer le recibió con visible frialdad.

— Ya veis, dijo á su marido, señalándole con imperceptible arqueó de cejas á Manuel que estaba vuelto de espaldas, que este caballero tenia necesidad para venirmos á ver del permiso que le hemos dado ; por lo demás, le doy las gracias dos veces.

Antes que hubiese encontrado alguna cosa que

contestar, me volvió la espalda y habló á otra persona.

Sin embargo, este mal humor no duró mas que el tiempo estrictamente necesario para que yo me felicidades de él, en vez de quejarme. En la mesa fui colocado junto á ella, y no reparé que conservase el menor resentimiento. Estuvo encantadora.

Despues de haber tomado el café propuso el general un paseo por el parque. Ofreci mi brazo á Carolina, que lo aceptó, notándose en toda ella esa languidez y abandono que los Italianos llaman *morbidezza*, y que nuestra lengua no tiene expresion que la explique bien.

En cuanto á mí, estaba loco de felicidad. Aquella pasion, que habia necesitado un año para apagarse, le habia bastado un dia para apoderarse otra vez de mi alma ; jamás habia yo amado á Carolina cual entonces la amaba.

Nada cambió en los dias sucesivos la conducta de madama M... para conmigo ; solamente noté que huía de hallarse conmigo á solas ; vi yo en esta precaucion una prueba mas de su debilidad, y mi amor se aumentó, si era posible que se aumentase.

El general participó un dia á su mujer la noticia de que tenia precision de ir á París á arreglar un asunto, vi brillar en los ojos de esta un rayo de alegría, y me dije á mi mismo : — ¡ Oh ! Gracias, Carolina, gracias ; porque esa ausencia no te pone contenta sino por la libertad que te da. ¡ Oh ! nuestros serán todas las horas, todos los instantes, todos los segundos de esta ausencia.

El general marchó despues de comer ; le acompañamos hasta el fin de la alameda que habia delante de la quinta, y Carolina tomó á la vuelta segun

costumbre mi brazo; apenas podia sostenerse, sintiendo al parecer oprimido su corazon y respirando con dificultad; yo la hablaba de mi amor y ella no se incomodaba, y luego, cuando su boca me prohibió continuar, estaban sus ojos impregnados de una languidez tal, que hubiera sido imposible darles una expresion acorde con sus palabras.

La tarde se pasó como un sueño. Yo no sé á qué se jugó, pero sí me acuerdo muy bien de que me hallaba á su lado, junto á ella, que sus rizos tocaban mi rostro á cada movimiento que hacia, y que mi mano se encontró veinte veces con la suya. ¡Oh! fué una noche ardiente; corria fuego por mis venas.

Llegó la hora de retirarnos. Nada faltaba ya á mi felicidad, sino haber oido de boca de Carolina estas palabras que yo le habia repetido veinte veces en voz baja: ¡Te amo, te amo! Entré en mi cuarto alegre y orgulloso cual si fuera el rey del mundo, porque mañana, quizás mañana, la mas bella flor de la creacion, el mas rico diamante de las minas humanas; ¡Carolina iba á ser mia! ¡mia!... En estas dos palabras se cifraban todos los gozes del cielo y de la tierra.

Repelafas andando por mi cuarto de un lado para otro como un insensato. Me ahogaba. Me acosté y no pude dormir. Me levanté, fui á la ventana, la abrí. El tiempo estaba magnifico, el cielo resplandecia con las estrellas, el aire parecia embalsamado; todo era hermoso y feliz como yo, porque cuando uno es feliz es hermoso.

Pensaba yo que quizás me calmarian el silencio y la tranquila naturaleza. Aquel era el parque por donde nos habiamos paseado todo el dia. Podia en-

contrar en sus calles las huellas de sus lindos piés, á que acompañaban los míos; podia besar los sitios donde se habia sentado. Salí afuera.

En toda la ancha fachada de la casa no se veian mas que dos ventanas con luz y eran las de su cuarto. Me apoyé contra un árbol y clavé los ojos en sus cortinas.

Vi su sombra: aun no estaba acostada; velaba, abrasada acaso como yo, tal vez por pensamientos y deseos de amor..... ¡Carolina, Carolina!...

Permanecia inmóvil y parecia escuchar; de repente se lanzó hácia la puerta próxima á la ventana. Junto á la suya apareció otra sombra; tocaron sus dos cabezas: se apagó la luz: di un grito, y me quedé sin poder respirar.

Creí no haber visto bien, creí que era un sueño... pero mis ojos se clavaron sobre aquellas sombrías cortinas que mi vista no podia traspasar.....

El monje cogió mi mano y casi me la deshizo entre las suyas. — ¡Ah! caballero, caballero, me dijo: ¿habeis estado celoso?

— ¿Los habeis muerto? le dije. — Al oirme se echó á reir de una manera convulsiva, interrumpiendo aquella risa con sollozos: de repente despues, cruzando sus manos sobre la cabeza y dando un brinco hácia atrás, lanzó gritos inarticulados.

Levantéme y lo cogí por el cuerpo.

— Vamos, vamos, le dije, ánimo.

— ¡Oh! ¡amaba tanto á esa mujer! ¡La hubiera dado mi vida hasta su último aliento, mi sangre hasta su última gota, y mi alma hasta su último pensamiento! Esa mujer me habrá perdido en este mundo y en el otro, caballero, ¡porque moriré pensando en ella, en vez de pensar en Dios!

— ¡Padre mio!

— ¡Oh! ¿no veis que siempre estoy así, que hace seis años que estoy encerrado vivo en este sepulcro esperando que la muerte que le habita mataría mi amor, y no se ha pasado un solo día sin arrastrarme por mi celda; ni una noche que en los claustros no resonasen mis gritos; que los dolores del cuerpo no han hecho disminuir nada la rabia del alma?....

Abrióse el hábito y me enseñó el pecho destrozado por el cilicio que á raíz de la carne llevaba.

— Mirad, mirad, me dijo....

— Entonces, ¿los habeis muerto? le repliqué.

— ¡Oh! mucho peor que eso fué lo que hice. No habia mas que un medio de aclarar mis dudas: era aguardar hasta que amaneciese, si era preciso, en el corredor á donde daba la puerta de su cuarto y ver quién salia.

Yo no sé cuántas horas pasé allí, la desesperacion y la alegría calculan mal el tiempo. Una linea blanca comenzaba á aparecer en el horizonte, cuando se abrió la puerta: oí la voz de Carolina, y aunque hablaba en voz baja, llegaron á mi estas palabras:

« ¡Adios! mi querido Manuel, ¡hasta mañana! »

Cerróse otra vez la puerta; Manuel pasó cerca de mí, no sé cómo no oyó los latidos de mi corazón... ¡Manuel!...

Volvi á entrar en mi cuarto y caí en el suelo, resolviendo en mi imaginacion todos los medios de venganza, y llamando á Satanás en mi ayuda para que me inspirára uno: yo creo que me oyó. Concebí un proyecto; desde entonces me quedé tranquilo. Bajé á la hora de almorzar. Carolina estaba delante de un espejo, entrelazando su cabello con

madreselva. Acerqueme por detrás, y de pronto vió ella en la luna mi cabeza sobre la suya: estaba yo tan pálido al parecer que se estremeció y se volvió.

— ¿Qué teneis? me dijo.

— Nada, señora, he dormido mal.

— ¿Y qué ha causado vuestro desvelo? añadió sonriéndose.

— Una carta que recibí ayer noche al dejaros, y que me llama á París.

— ¿Y por mucho tiempo?

— Por un día.

— Un día pronto se pasa.

— Es un año ó una hora.

— ¿Y en cuál de esas dos clases colocais el de ayer?

— Entre los días felices; en toda una vida no se tiene mas que uno como ese, señora, porque cuando la felicidad llega á ese grado, no pudiendo aumentarse ya mas, empieza á decrecer. Cuando los antiguos llegaban á este término tiraban al mar algun objeto precioso, á fin de conjurar á las malas divinidades. Creo que yo deberia haber hecho como ellos anoche.

— ¡Sois un niño! me contestó ella dándome el brazo para ir al comedor. Busqué con los ojos á Manuel; se habia marchado muy de mañana á cazar. ¡Oh! ¡estaban bien tomadas las medidas para que no se sorprendiera ni siquiera una mirada!

Después del almuerzo pregunté á Carolina las señas de su almacén de música, pues tenia, la dije yo, que comprar algunas piezas. Cogió un pedazo de papel, escribió las señas, y me lo dió; no tenia yo necesidad de mas. Hice ensillar mi caballo, en lugar de tomar mi tilbury: me urgia ir de prisa.

Carolina vino hasta el pié de la escalera para verme marchar : mientras ella me pudo ver, fui al paso, al llegar al primer recodo, eché mi caballo á todo escape; anduve diez leguas en dos horas.

Así que llegué á París, fui á casa del banquero de mi madre. Tomé treinta mil francos; desde allí me dirigí á casa de Manuel. Llamé á su ayuda de cámara; salió este, cerré la puerta del cuarto donde nos hallábamos solos, y le dije :

— Tom, ¿quieres ganarte veinte mil francos?

— Tom abrió tanto ojo.

— ¿Veinte mil francos? dijo.

— Sí, veinte mil francos.

— ¿Si quiero ganarlos yo?... Seguramente que quiero.....

— Si yo no me equivoco, le repliqué, harías tú por la mitad de esa suma una accion aun peor que la que te voy á proponer.

Tom se sonrió.

— No me aduleis, señor, me dijo.

— No, porque te conozco.

— Hablad, pues.

— Escucha : saqué de mi bolsillo el papel que me habia dado Carolina y se lo enseñé. — ¿Recibe tu amo cartas de esta letra? le dije.

— Sí, señor.

— ¿En dónde las guarda?

— En su cómoda.

— Necesito todas esas cartas. Ahí tienes cinco mil francos adelantados, los otros quince mil te los daré cuando me traigas toda la correspondencia.

— ¿Y en dónde me esperais?

— En mi casa.

Una hora despues entró Tom.

— Aquí las teneis, caballero, dijo presentándome un paquete de cartas.

Comparé las letras, eran iguales, díle los quince mil francos, se marchó. Entonces me encerré. Acababa de dar oro por aquellas cartas, y á la sazón hubiera dado sangre por que hubiesen sido dirigidas á mi.

Manuel era el amante de Carolina hacia dos años, la habia conocido soltera, y marchádose cuando se casó, llamaba suyo al niño de que tan orgulloso se mostraba el general. Desde aquella época la dificultad de hacerse presentar en casa de su querida les habia impedido volverse á ver. Pero un dia, como ya he dicho, encontré á Mr. M... con su mujer, y fui escogido por ella y por su amante para disfrazar su amor. Fui el encargado de volver á llevar á Manuel junto á Carolina; y las atenciones, los cuidados y aun la ternura que hácia mi se afectaban era para no excitar las sospechas del general, que segun la confesion que anteriormente le habia hecho su mujer, ya no debia ni podia temerme. Ya veis que la intriga estaba bien urdida, y que yo habia sido bien burlado y muy estúpido. Pero ahora me habia llegado mi turno...

Escribí á Carolina.

« Señora : ayer noche á las once estaba yo en el » jardin cuando Manuel entró en vuestro cuarto, y » le he visto entrar en él. Esta mañana á las cuatro » estaba yo en el corredor cuando ha salido, y le » he visto salir. Hace una hora que he comprado á » Tom por veinte mil francos, vuestra correspon- » dencia con su amo. »

El general no debia estar de vuelta en la quinta

hasta dentro de dos ó tres días, y así estaba yo seguro de que la carta no caería en sus manos.

A la mañana siguiente á las once, vi entrar á Manuel en mi cuarto pálido y cubierto de polvo. Me encontró en la cama así como me había echado la vispera, sin haber podido dormir un solo instante. Se dirigió hácia mí.

- ¿Sin duda sabéis á lo que vengo? me dijo.
- Lo presumo, caballero.
- ¡Teneis unas cartas mías!
- Sí, señor.
- ¿Vais á devolvérmelas?
- No, señor.
- ¿Qué traláis de hacer con ellas?
- Ese es mi secreto.
- ¿Con que rehusais?...
- Rehuso.
- No me obligueis á deciros lo que sois.
- Ayer era un espía, hoy soy ladrón: ya veis que yo mismo me lo digo antes que vos.
- ¿Y si yo lo repitiese?
- Teneis demasiado buen gusto para hacerlo.
- ¿Me dareis entonces una satisfaccion?
- Sin duda.
- ¿Ahora mismo?
- Ahora mismo.
- Pero os prevengo que va á ser un desafío implacable, un desafío á muerte.
- Me permitireis hacer mis disposiciones testamentarias, que no serán muy largas. — Toqué la campanilla. Entró mi ayuda de cámara, hombre de experiencia con quien podia contar.
- José, le dije, voy á batirme con este caballero y es posible que me mate. — Abri mi cómoda. —

Así que sepas mi muerte, continué, tomarás estas cartas, y se las llevarás al general M.... y esos diez mil francos que están en el mismo cajon son para tí. Toma la llave.

Di la llave á José, que me saludó y marchóse.

— Caballero, le dije á Manuel, ahora estoy á vuestra disposicion.

Manuel estaba pálido como la muerte, y de cada uno de sus cabellos caía una gota de sudor.

— ¡Es una infamia lo que haceis! me dijo.

— Ya lo sé.

— ¿Si me matais, replicó acercándoseme, volveréis al menos esas cartas á Carolina?

— Eso dependerá de ella.

— ¿Qué ha de hacer para recobrarlas?...

— Es preciso que venga á buscarlas.

— ¿Aqui?

— Aqui.

— ¿Conmigo entonces?

— ¡No! sola.

— Nunca.

— No os comprometais por ella.

— No consentirá.

— Puede ser. Volveos á la quinta y consultadlo juntos; tres dias os doy.

Reflexionó un instante, y salióse precipitadamente fuera de la habitacion.

Al tercer dia me anunció José que una señora cubierta con un velo queria hablarme en secreto. La hice entrar, era Carolina. La indiqué por señas que tomase asiento: se sentó; yo me quedé en pié junto á ella.

— ¿Ya veis, señor, me dijo, que he venido?

— Hubiérais cometido una imprudencia, señora, á no hacerlo.

— He venido confiada en vuestra delicadeza.

— Habeis hecho mal, señora.

— ¿Con que me devolvereis esas malhadadas cartas?

— Sí, señora, pero con una condicion.

— ¿Cuál es?

— ¡Oh! la adivináis.

Envolvióse la cabeza con las cortinas de mi ventana, haciendo los mayores extremos como una mujer desesperada, porque habia comprendido en el tono de mi voz que seria inflexible.

— Escuchad, señora, continué yo, los dos hemos jugado muy extraño; vos con astucia, yo con firmeza; yo he ganado la partida; á vos toca saberla perder.

Refortcióse las manos y sollozaba.

— ¡Oh! vuestra desesperacion y vuestras lágrimas no harán nada, señora; os habeis encargado de secar un corazon, y lo habeis logrado.

— ¿Pero, y si yo prometiese, contestó, por medio de un juramento al pié del altar, no volver á ver ya mas á Manuel?

— ¿No estáis obligada por juramento hecho al pié del altar á ser fiel al general?

— ¡Cómo! no quereis otra cosa por esas cartas... con que ni oro ni sangre por.... sino...

— ¡Nada!... lo dicho.

Desarrolló la cortina que envolvía su cabeza y me miró cara á cara. ¡Oh! ¡qué hermosa estaba aquella cabeza pálida con los ojos centellantes de cólera y los cabellos sueltos, destacándose sobre las cortinas encarnadas!

— ¡Oh! dijo, apretando los dientes, caballero, vuestra conducta es muy atroz.

— ¿Y qué direis de la vuestra, señora? Un año habia estado yo para apagar mi amor y lo habia logrado, volviendo á entrar en Francia para veneraros: ya no me acordaba yo de mis pasados tormentos, y no deseaba sino abrigar otro amor, cuando os encontré de nuevo; entonces no fui yo quien os buscó, fuisteis vos quien me buscó á mí. Removisteis con vuestro dedo la ceniza de mi corazon, y procurasteis encender con su soplo las chispas del antiguo fuego. Y cuando estuvo encendido otra vez, cuando le visteis brillar en mi voz, en mis ojos, en mis venas, en todo mi cuerpo... ¿para qué fui bueno? ¿para qué servi? Para llevar á vuestros brazos al hombre á quien amábais y para ocultar detrás de mi capa vuestros besos adúlteros. Hice todo esto. ¡Cuán ciego estaba! Pero vosotros tambien estáis ciegos sin pensar que no tenia yo mas que levantar la capa para que el mundo entero os viese.... Ea, señora, á vos misma toca decidir lo que he de hacer ahora.

— Pero caballero, ¡oh, no os amo!

— Tampoco es amor lo que os pido...

— Será una violacion.

— Llamadlo como os dé la gana.

— ¡Oh! no es posible que seáis tan cruel cual fingís serlo. Tendreis lástima de una mujer que se arrodilla á vuestras plantas.

Arrojóse á mis piés.

— ¿Y tuvisteis vos compasion de mí, cuando yo estaba á las vuestras?

— Pero yo soy una mujer... y vos un hombre...

— ¿Y sufría yo menos por eso?

— Devolvedme esas cartas, caballero, os lo suplico por Dios...

— Ya no creo mas en él...

— Por el amor que me teneis...

— Está apagado.

— Por lo que mas ameis en este mundo...

— Ya no amo nada.

— Pues bien, haced lo que gustéis de esas cartas, me dijo levantándose, pero no accederé jamás á lo que de mí exigís. Y se lanzó fuera de la habitacion.

— Teneis de término hasta mañana á las diez, señora, la grité desde la puerta, cinco minutos mas tarde ya no sera tiempo.

Al otro dia á las nueve y media entró Carolina en mi cuarto y se acercó á mi cama.

— Vedme aquí, me dijo.

— ¿Y bien?

— Haced de mí todo lo que querais. . . . .

Un cuarto de hora despues me levanté, fui á la cómoda, saqué á la ventura una carta del cajon en que estaban todas y se la presenté.

— ¡Cómo! me dijo palideciendo ¡una sola!

— Las otras os serán entregadas del mismo modo; cuando las querais, señora, podeis venir á recogerlas...

— ¿Y volvió? exclamé yo interrumpiendo al monje.

— Dos dias seguidos.

— ¿Y al tercero?

— La encontraron asfixiada con Manuel.

## AVENTICUM.

A la mañana siguiente al amanecer fuimos a visitar la capilla de San Bruno : hállase situada á una media legua encima de la Cartuja sobre la punta de una escarpada roca : nada ofrece de notable mas que lo pintoresco de los sitios y lo atrevido de su situacion. En lo interior unas detestables pinturas al fresco representan seis generales de la orden, y en lo exterior, encima de la puerta hay grabada esta inscripcion, cuya última frase no me ha parecido muy inteligible : la copio aquí tal como está.

SACELLUM  
SANCTI BRUNONIS.  
IS EST LOCUS IN QUO  
GRATIANAPOLITANUS EPISCOPUS  
VIDIT DEUM  
SIBI DIGNUM CONSTRUENTEM  
HABI ACULUM.

Bajando de la capilla entramos en una grutita